

**PALABRAS  
DEL ABOGADO PEDRO MEZQUITA ARCAYA,  
MIEMBRO DEL JURADO CALIFICADOR.**

Antes de empezar tengo que decirles que yo no puedo pasar esta ocasión única de estar en este podio sin tomarme una foto así que con su permiso me estoy inmortalizando en este “selfie”.

Muchísimas gracias a la Academia y cada uno de los Miembros por esta invitación y esta convocatoria a un Premiotan relevante para nosotros como familia, especialmente al Dr. Gabriel Ruan, Rafael Badelly Humberto Romero Mucci y a los otros Miembros del Jurado Inés Quintero y Pedro Antonio Arcaya Febres Cordero.

Para preparar estas palabras me leí cuidadosamente los discursos que dieron ante esta misma Academia el Dr. Héctor Parra Márquez el 9 de julio de 1965, el Dr. Oscar Beaujon en 1974, el Dr. Tomas Polanco Alcántara el 29 de junio de 1993 y en la Academia de la Historia, el Dr. Blas BruniCelli junto a mi tío Pedro Manuel Arcaya el 21 de marzo de 1997. Por cierto que hoy me puse la corbata de mi tío Pedro Manuel Arcaya en su memoria.

Luego de leer las palabras de estos eminentes venezolanos decidí que lo mejor que podría hacer ante ustedes era quedarme callado, lo que para los que me conocen saben que es misión imposible y mientras en la calle se celebra el Centenario de la Revolución Bolchevique aquí se celebra el Centenario de una cruzada de civilización e inteligencia intelectual, así que algo tengo que decir.

La Academia es parte esencial de mi historia, mi casa estaba llena de libros y publicaciones de la Academia (bueno estaba llena de libros y punto, porque la Biblioteca de mi abuelo quedaba en mi casa de El Paraíso y mi mamá era la Directora) pero es que yo soy probablemente una de las personas más jóvenes en asistir a una sesión de la Academia y oír un discurso entero cuando a los 18 meses de edad vine el 19 de julio de 1965 en brazos de mi mamá al acto de colocación del retrato de mi abuelo y ahí hay otra cosa que me une para siempre a la Academia la única foto de mi papá en Venezuela es ésta que les muestro aquí

donde sale sentado debajo del Dr. Héctor Parra Márquez (al lado de mi tía Alicia Arcaya y de mi primo Ignacio Julio Andrade). Volví en el 74, en el 93, en el 97 y en muchas otras ocasiones donde se recordaba a mi abuelo o se me ha invitado, la última vez para la incorporación del Dr. Rafael Badell.

No voy a hablar de mi abuelo. La obra premiada del Dr. Eduardo Meier García es extraordinaria y revela aspectos muy interesantes de su vida y de su obra que yo desconocía como la defensa que hizo de Fernando Bustamante, el conductor que atropelló al Dr. José Gregorio Hernández (quien por cierto fue el partero de mi abuela cuando nació mi tío Mariano Arcaya).

En esa línea de las historias menos conocidas de mi abuelo recuerdo que mi mamá contaba que en la ciudad de Washington en los años 30 era inconcebible para ninguna de sus compañeras del prestigioso Colegio Madeira tener un sirviente (y muchísimo menos un mesonero) de color. No era racismo, era casi repugnancia. Mi abuelo se dio cuenta de la imposibilidad de luchar contra todo un sistema solo con ideas y a partir de ese momento todos los meses invitaba a algún embajador del África o del Caribe a almorzar en la casa en el puesto de honor y para mi mamá y sus hermanos (que realmente idolatraban a su padre) eso les bastó para saber que si él lo hacía; eso era lo correcto y que todo un país estaba equivocado. Que ellos eran venezolanos y distintos a ese país donde los negros no tenían cabida. Como verán mi abuelo fue un hombre muy avanzado a su tiempo y el progreso intelectual y legal de Venezuela fue un importante objetivo en su vida y para entender sus ideas hay que ubicarse en la época que él vivió. De las 5 obras presentadas al concurso, todas muy meritorias, la obra premiada de Eduardo Meier García lo logra de una manera extraordinaria.

La memoria de mi abuelo perdura. Su Biblioteca, labor y orgullo de su vida se donó a la Nación y es hoy parte fundamental de la Biblioteca Nacional. Su casa de Coro, El Balcón de los Arcaya también fue donado y hoy en día es el Museo de la Cerámica de Coro. Su casa de El Paraíso es el Colegio Teresiano donde miles de niñas (y ahora también niños) se han educado en los últimos 60 años. Los terrenos de Coro han sido donados en su mayoría, pero lo más importante es su legado familiar e intelectual que aquí recordamos con este Concurso del Centenario y la obra ganadora